

Introducción al Dossier

Materialidad e institución en la Edad Media. La complicidad entre sujeto y objeto



Paola Miceli

Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina
pmiceli@campus.ungs.edu.ar



Alejandro Morin

Universidad de Buenos Aires. Universidad de Córdoba.
Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas,
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina
alemorin1967@gmail.com

Fecha recepción: 20-07-2024. Fecha aceptación: 18-08-2024.

*muchas cosas
me lo dijeron todo.
No sólo me tocaron
o las tocó mi mano,
sino que acompañaron
de tal modo
mi existencia
que conmigo existieron
y fueron para mí tan existentes
que vivieron conmigo media vida
y morirán conmigo media muerte*

Pablo Neruda, *Oda a las cosas*

Pablo Neruda escribió su *Oda a las cosas* en 1959, una época en la que, desde las disciplinas académicas, no existía todavía posibilidad alguna de cuestionar la hegemonía cartesiana del sujeto humano. En la relación sujeto-objeto, el primero era concebido como el agente activo de la relación: el sujeto creaba al objeto, lo poseía, lo donaba, lo heredaba, lo vendía, lo conocía, lo atesoraba, lo destruía. Pero la poesía pertenece a otro registro, puede desafiar las convenciones científicas y en esta *Oda a las cosas* Neruda parece, en retrospectiva, adelantarse a lo que hoy llamamos el “giro material”. Dice el poeta: “muchas cosas/me lo dijeron todo. /No sólo me tocaron/o las tocó mi mano, /sino que acompañaron/de tal modo/mi existencia/que conmigo existieron”. El sujeto en el poema no ha perdido su capacidad de agencia porque ha hecho existir las cosas, las ha tocado, etc. Sin embargo, las cosas no son tratadas como entes pasivos sino como materialidades activas: las cosas le han hablado al poeta, lo han tocado y

lo han acompañado activamente en su existencia. Neruda incluso, parece desafiar otra convención, la separación entre sujeto y cosa. Neruda existe como sujeto por unas materialidades y esas cosas existen en su relación con el poeta. La muerte del poeta inaugurará para las cosas nuevas existencias y agencias y tal vez, para otros sujetos, nuevas vidas.

Hoy es posible esta interpretación del poema de Neruda debido a las nuevas perspectivas que, desde hace unas décadas, discuten la hegemonía del sujeto cartesiano en su relación con el mundo de las cosas y de la naturaleza, sin temor a una recaída en el fetichismo. Los estudios sobre materialidad han crecido exponencialmente desde los años '80 con el desarrollo de lo que se conoce como el "giro material" ("*material turn*"), montado sobre el postulado de que los objetos no proveen un mero escenario a la acción humana sino que son integrales a ella. Desde esta perspectiva antropológica, la relación entre personas y cosas es pensada como mutuamente constitutiva (Bedos-Rezak, 2013; Joyce & Gillespie, 2015; Fleming y French, 2021).

El interés renovado por los objetos y las cosas, propio del *material turn*, se ha interpretado como una reacción al predominio del giro lingüístico, como un "escape de la textualidad posmoderna" (Bynum, 2009). Sin embargo, lejos de mantener una dicotomía entre lo lingüístico y lo material, la producción académica más bien ha fusionado en sus análisis materialidad y textualidad y en este sentido el giro material no ha sobrepasado el área del "giro cultural" (Bynum, 2009; Bedos-Rezak, 2013). En todo caso, ha remarcado una preocupación por las acciones de las cosas en el mundo, la forma en que la interacción objetos/personas termina moldeando sus vidas y experiencias, una interacción en la que la materia no es solo el soporte inerte de un designio humano sino que revela una resistencia y una vida propias.

En disciplinas conexas como la arqueología y la antropología social, esta es la base de un desarrollo particular, la línea de estudios denominada "biografía de objetos", una perspectiva teórica que tiene como trabajos pioneros los de Appadurai (1991) y Kopytoff (1991). La biografía de objetos pretende analizar las relaciones entre personas y cosas a partir de la idea de que los objetos en algunas sociedades cobran personalidades o tienen vidas en un punto similares a las de las personas. Los objetos se cargan de significación a través de las diversas interacciones sociales en las que participan, con significados que se transforman y renegocian en el devenir temporal, transcurso que, aplicando la metáfora biográfica, va del "nacimiento" hasta la "muerte" de cada objeto (Joy, 2009; Smith & Watson, 2016). La relación entre objetos y significados no se piensa en términos simplistas. Appadurai (1991) plantea un "fetichismo metodológico": si bien desde una perspectiva teórica son los actores humanos quienes cifran las cosas con significación, desde un punto de vista metodológico son las cosas en movimiento las que "iluminan" su contexto social y humano (para, de esta manera, poder seguir en el análisis a las "cosas en sí mismas", Brown, 2001).

Un desarrollo ulterior de los estudios de biografía de objetos viene dado por el uso de otra metáfora, la del itinerario de objetos, que traza la secuencia de lugares donde los objetos están activos o solo permanecen, las rutas de circulación real o virtual y los significados que cobran en cada estación del recorrido (Joyce & Gillespie, 2015). Aquellos que exploran esta línea de trabajo consideran que se gana en dinamismo y efectividad, al hacer foco en el espacio, lo que convierte a los itinerarios en parte de un proceso de producción de espacialidad. Mientras que la biografía de objetos hace a una concepción *emic* (centrándose en lo que es culturalmente percibido como el camino ideal de vida de cada objeto), el itinerario resultaría más apropiado para describir lo que le ocurre a un artefacto individual desde un punto de vista *etic*, es decir, al atender a la pregunta de qué es un objeto concretamente (Fontijn, 2013). Por otra parte, tanto una metáfora como la otra plantean que cuestiones como la

intersubjetividad entre humanos y cosas estaban presentes ya en las preocupaciones de los padres de la antropología. Por un lado, desde la perspectiva biográfica, la alienabilidad de las mercancías y el mantenimiento del vínculo entre personas y dones producen sentidos de “biografía” de objetos muy diferentes. Por el otro, para quienes atienden al itinerario, las distintas formas de intercambio de bienes inalienables generan rutas de deuda de dones en el contexto de una economía del don con caminos muy variados (Gosden & Marshall, 1999; Miller, 2005).

En el núcleo de las nociones de biografía e itinerario yace la cuestión del lazo entre personas y cosas, las formas en las que significados y valores se acumulan y transforman en determinados contextos espacio-temporales. En la antropología de las últimas dos décadas, el análisis, sin embargo, ha preferido enfatizar más el carácter de agente de los objetos, vale decir, se ha centrado, no tanto en lo que las cosas *significan*, como en lo que ellas *hacen* (Ireland & Lydon, 2016). A partir de los trabajos de Latour (1993) y Gell (1998), la noción de agencia social, atribuida regularmente solo a los humanos que han monopolizado la posición de sujeto, se expande de modo de incluir a los objetos como actores legítimos, comprometidos en interacciones que tienen efectos en humanos y no humanos (Miller, 2005; Joyce & Gillespie, 2015; Fox & Alldred, 2015). En este sentido, no sería privativa de las sociedades premodernas la hibridez entre cultura y naturaleza que la antropología social solía detectar en ellas sino que se aplica asimismo al análisis de las sociedades modernas que fetichizan la ciencia, la naturaleza y la sociedad (Miller, 2005).

Este enfoque, llamado genéricamente neomaterialista, supone la búsqueda de una ontología más operativa. Ante el hecho de que se ha revelado contingente el acto de distinguir entre personas y cosas (lo que en el ámbito del derecho contemporáneo es palpable tras la implosión de la vieja división jurídica con el desarrollo de la biotecnología), no se trata tanto de ver cómo encajan los entes en la casilla correspondiente como de explorar la emergencia y despliegue de las propias categorías y de evidenciar que las técnicas de personificación y reificación son más constitutivas que declarativas de una ontología dada sobre la cual se montarían las personas y las cosas (Pottage, 2004). Este enfoque, calificado como posthumanístico, toma en consideración que los hombres son materia (dejamos de lado la ingente producción en torno de la historia del cuerpo) y pone en discusión las clásicas divisiones cartesianas (sujeto-objeto, material-inmaterial, tangible-intangible, etc.), se niega a dar prioridad a la acción humana por sobre las cosas y los animales no humanos y considera no solo que los objetos pueden ser como personas sino que también pueden agenciar el proceso de conversión de individuos en personas (Fontijn, 2013; Bedos-Rezak, 2013; Joyce & Gillespie, 2015; Ireland & Lydon, 2016).

Estas preocupaciones ontológicas han llevado a una reflexión en torno del vocabulario empleado en los análisis, donde algunos autores tienden a tomar los distintos conceptos como sinónimos (Kopytoff, por ejemplo, no distingue entre objetos y cosas) mientras que para otros el campo lexical representa un terreno a desbrozar. Así, Brown (2001) ensaya una teoría sobre las cosas distinguiéndolas de los objetos en función de su “específica falta de especificidad”, su liminalidad que sobrevuela entre lo nombrable y lo innombrable, lo identificable y lo no identificable, etc. Para este autor, la “coseidad” de un objeto se detecta en el devenir temporal, como un antes (latencia) o un después (exceso) de su naturaleza de objeto. Pero, al mismo tiempo, esta temporalidad impide ver la simultaneidad de la dialéctica cosa/objeto, el hecho de que la cosa parece nombrar al objeto tanto como nombra un algo más que él. Bedos-Rezak (2013), por su parte, critica los trabajos de *material turn* por centrarse en artefactos y no poner en cuestión la relación entre objeto y materia (entendida como algo más que un mero receptáculo de la cultura). En otro registro, pero en la misma tesitura, el análisis de Latour (2004) sobre los distintos tipos de construcción de la

“realidad objetiva”, mediante la comparación de los dispositivos científico y jurídico, permite pensar objetividades vacías de sujeto (ciencia) o de objeto (derecho), siendo esta última una construcción institucional con un muy elevado grado de conciencia de artificio (Thomas, 1999).

Todos estos desarrollos coinciden en señalar que esta labor artificial e instituyente no es privativa de experiencias pasadas o de sociedades etnográficas: la propia discriminación entre sociedad y naturaleza o entre sujeto y realidad material, presentes en la base de nuestras percepciones contemporáneas, constituyen un esquema cultural *tout court*. En las sociedades medievales, como en cualquier otra experiencia social, una labor intensa institucionaliza en cada punto la materialidad asignándole jerarquías, valores prácticos y estéticos, e inclusive, en algunos casos, precio. De allí que pensar los dispositivos institucionales sea fundamental para comprender cómo se construyen los escenarios, cómo se realizan las distinciones, qué jerarquías poseen sujetos y objetos y qué vínculos están disponibles socialmente entre sí. Bourdieu (2014) ha planteado que las instituciones triunfan cuando logran imponerse implicando el olvido de su génesis. Pensadas a partir de una doble existencia “en la objetividad y en la subjetividad, en las cosas y en los cerebros”, las instituciones son más eficaces cuando se oblitera su carácter histórico y se confunden con el paisaje natural. En un planteo homólogo, aunque operando desde un ángulo complementario, Miller (2005) postulaba su noción de “humildad de las cosas”. Inspirándose, por un lado, en Goffman (1975) sobre la determinación de los comportamientos por los marcos que constituyen su contexto de acción, y, por el otro, en Gombrich (1979), con sus observaciones acerca de los “marcos invisibles” de las obras de arte (invisibles pero con efectos institucionalizantes ya que son tales dispositivos materiales los que, condicionando la mirada, instituyen tácitamente un objeto como obra de arte), Miller sostiene que cuanto menos conscientes somos de los objetos, tanto más poderosos resultan para determinar nuestras expectativas, preparar el escenario de acción y garantizar un comportamiento normativo. Así, las instituciones son más potentes borrando su carácter instituido-histórico, haciéndose naturaleza, mientras que las cosas ganan eficacia anulando las características más concretas de su “coseidad”, haciéndose invisibles.

Resulta evidente que la dimensión material es crucial en la actividad de las instituciones en la medida que las vuelve visibles, las actualiza y las refuerza. En las sociedades medievales, lo material es institución que contribuye a institucionalizar, superficies marcadas que indican estatutos, poderes o su falta, presencias, historia. En el marco de estas reflexiones, el presente *dossier* ofrece los resultados de un proyecto de investigación sobre materialidad e institucionalidad en la Edad Media,¹ que se planteó examinar en situaciones específicas y en registros diversos algunos modos principales de institucionalización de la materia así como los mecanismos por medio de los cuales los objetos contribuían a fijar instituciones y a moldear esquemas de percepción. En este sentido, se trató de rastrear y analizar las formas en las que las sociedades medievales reflexionaban sobre el estatuto ontológico de determinados objetos, la distinción personas-cosas, la relación naturaleza-ficción y las distintas modalidades de acceso a la existencia: en definitiva, se ensayó una mirada tendiente a lograr una historización de la objetivación de las cosas y la naturaleza en el mundo medieval. A partir de estas inquietudes, los trabajos aquí reunidos exploran distintas líneas de trabajo que, sin agotar las perspectivas abiertas en cada artículo, podemos agrupar en tres posibles ejes de lectura.

¹ Proyecto de Investigación (convocatoria 2020 UBACYT, Mod. I) “Institución y materialidad en las sociedades medievales” (20020190100026BA), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Naturaleza e institución

La historización de la distinción sujetos/cosas tiene implicancias e impacta en la distinción entre naturaleza y cultura. El antropólogo francés Philippe Descola ha planteado la necesidad de cuestionar la polaridad naturaleza/cultura, distinción basada en el naturalismo que caracteriza desde el siglo XIX a la cultura occidental. El naturalismo, sostiene el autor, supone claramente una distinción entre humanidad y naturaleza en la que el humano es el único que adquiere posición de sujeto. Algunos trabajos aquí presentados utilizan el planteo de Descola (2005, 2017) como una herramienta para pensar la representación de la naturaleza en el cristianismo oriental altomedieval.

En “Naturaleza y voluntad en la teología martirial del *Primer discurso sobre los mártires*”, Héctor Francisco estudia, a partir del análisis de un tratado anónimo de contexto sasánida e intitulado *El Primer discurso a la gloria y actos heroicos de los santos mártires de la tierra de Oriente* (s. V y VI), la identificación que esta fuente propone entre mártires y piedras preciosas. En el tratado anónimo, los mártires son asimilados a gemas que sustentan el edificio de la iglesia, pero, además, refiere a ellos en tanto piedras preciosas que ornamentan las vestimentas sacerdotales. Es decir, las piedras/mártires no solo sostienen la iglesia comunidad/templo sino que además la embellecen. Las gemas, aquí, son agentes en la santificación de la iglesia/Iglesia en su doble dimensión de edificio y de comunidad de fieles. Ahora bien, dice el autor, esta transferencia no debe pensarse solo en términos de representación sino a partir del modo en que la sociedad de la época pensaba a la naturaleza, en este caso a los minerales. En el contexto de una iglesia nicena de reciente organización y conviviendo con otras confesiones en el mundo sasánida, el clero ortodoxo apostó a la fuerza carismática emanada del culto a los mártires. Como dicho culto es, sin embargo, terreno de rivalidad entre versiones distintas del cristianismo oriental, algunas asentadas en un rechazo total al plano terrestre, la ortodoxia apeló a los elementos minerales como parte de una teología del martirio que hacía de la naturaleza parte cardinal del plan divino.

La institución de la naturaleza aparece como un eje fundamental en el trabajo de Guido Torena, “Trabajo y naturaleza en el monacato sirio, a partir de la *Historia Religiosa* de Teodoreto de Cirros”, que analiza, a partir de los relatos del obispo sirio, la relación entre los hombres y la naturaleza. Tomando como punto de partida el planteo de Descola en su crítica a la mirada que piensa a la naturaleza como algo estático e inmutable frente a las acciones humanas, el autor advierte sobre la especificidad de la concepción de la naturaleza en estos relatos hagiográficos. En el pensamiento del ascetismo cristiano, señala, la divinidad, a través de los milagros, podía transformar o modificar un hecho, un fenómeno de la naturaleza, con el objetivo de volver a poner en su sitio el orden cósmico. Un orden en el que cada quien tenía asignado un lugar, y en el que una de las funciones primordiales de la naturaleza era la reproducción material y política del sistema. La vida de Afraates, un campesino que se vio azotado por una plaga de langostas, que ponía en peligro su propia vida, la de su esposa, hijos y su casa, así como la posibilidad de pagar impuestos imperiales (HR 8.14), resulta un buen ejemplo. En este caso, el monje del relato restablece el orden de la naturaleza, milagro mediante, para que el campesino pueda tener éxito con su cosecha y por ende, hacer frente a las obligaciones que permiten la pervivencia del sistema de explotación.

Agencia y materialidad

El artículo de Fernando Ruchesi, “Materiales y cohesión. Rituales y elementos de una identidad militar en la Francia de la temprana Edad Media”, tiene por objetivo caracterizar la relación entre ciertos objetos portadores o representativos de un determinado tipo de identidad militar y la construcción de cohesión en el contexto de la Galia merovingia. En este trabajo puede verse con mucha claridad la relación entre institución (en este caso, el ámbito militar), identidad, y materialidades. A través de fuentes narrativas, legales, canónicas y arqueológicas, Ruchesi analiza cómo en la aristocracia merovingia la cohesión social era reforzada por la exhibición de una identidad guerrera o militar. Uno de los elementos que permitía la construcción de una identidad militar y del liderazgo, era la portación de determinados objetos. Esto se evidencia no solo en la familia real merovingia (el *chlamys*, la diadema y la túnica púrpura, que usaban los reyes) sino también en la aristocracia militar laica: el escudo, la espada y los *cyngula* eran tres objetos que construían, que instituían, una identidad guerrera. Si el mantenimiento y la exhibición de señas de identidad estereotípicas hacían a la construcción de la cohesión social, los objetos involucrados en las distintas performances rituales de la sociedad merovingia revelaban, entonces, una potencia propia para generar lazo social y percepción identitaria.

El problema de la relación entre identidad y objetos vuelve a presentarse en el trabajo de Andrea Simonassi Lyon, “Materialidad y vínculo comunitario. La evidencia arqueológica de las comunidades judías en Siria en la segunda mitad del siglo IV”, que se propone abordar la cuestión de la identidad judía en Siria a partir de las fuentes epigráficas y arqueológicas de dos de las ciudades más relevantes del área, Antioquía y Apamea. El estudio del piso de mosaico de la sinagoga de Apamea y sus inscripciones le permite a la autora advertir, por un lado, la existencia de donaciones hechas por comunidades judías de otras ciudades (por ejemplo, Antioquía), y, por el otro, la intención de construir memoria e identidad. Pero este trabajo ofrece, además, una mirada innovadora al destacar que, más allá de dar cuenta de la posición social de los donantes, de reafirmar jerarquías y de preservar su memoria, el mosaico de Apamea revela una capacidad de agencia al construir vínculo social entre dos comunidades alejadas. En este sentido, señala, los objetos pueden asumir el papel de sujetos activos dentro de la sociedad, ejercer agencia y participar y producir relaciones sociales.

La atención puesta en la agencia de los objetos se revela también en el artículo de Alejandro Morin, “Túnica y monedas: materialidades contrapuestas y agencia de objetos singulares en el legendario medieval”. Allí el autor se centra en dos reliquias de muy diverso tenor pero ambas de alta significación para el mundo cristiano, la túnica inconsútil de Cristo y el conjunto de treinta piezas de plata que encarnaron el precio de su sangre. A partir del rastreo de referencias de la cultura medieval al origen y características sobrenaturales de la prenda crística, se deduce que solo en aquellas que se encuadran en las distintas versiones de la leyenda de los treinta denarios de Judas, no solo se interrelacionan las historias de ambas reliquias, sino que se procede a una contraposición, interpretable eventualmente en función de las concepciones en torno a la materialidad y la agencia de los objetos en el legendario cristiano medieval. Desde esta perspectiva, el trabajo se interroga en torno de dos tipos de agencia distintos y/o contrapuestos y sobre una posible relación con su distinta materialidad. Este corpus legendario parece presentar una reflexión en acto sobre distintos tipos de materialidad y sobre el papel del artificio en la sociedad cristiana.

Por su parte, el artículo de Eleonora Dell'Elicine, “El signo en la conducta y el signo en los objetos: dos formas de institucionalizar la Iglesia en Ambrosio de Milán e Isidoro de Sevilla”, estudia unas formas específicas de institucionalizar la Iglesia atendiendo al lugar que los objetos ocupaban en la identificación de la posición clerical. A través de

una comparación entre escritos de Ambrosio de Milán (374-397) y de Isidoro de Sevilla (c. 600-636), la autora identifica dispositivos sacramentales (bautismo, eucaristía, ordenación de obispos) y no sacramentales (arquitectura eclesiástica, escritura, reunión en concilios, ordenamiento territorial) de institucionalización eclesiástica. La comparación entre estos autores permite captar que los objetos presentan estatutos y funciones diferentes. Mientras que en el modelo eclesiológico de Ambrosio, centrado en la conducta disciplinada del clero y en una pastoral de *decorum* eclesiástico, los objetos cumplen un papel subsidiario (aunque no inexistente), en el caso de Isidoro adquieren una relevancia mayor al asociarse volumen material y función ritual en el reconocimiento de jerarquías y *officia* eclesiásticos.

Institución, escritura y materialidad

La capacidad instituyente de la escritura no puede soslayarse a la luz de las nuevas interpretaciones que han advertido sobre el anacronismo que significa pensar lo escrito, en las sociedades previas a la aparición de la imprenta, bajo el binomio oralidad-escritura. Una de las características más potentes del escrito en la Edad Media sería su dimensión visualizable, su carácter material.

En este sentido, el trabajo de Andrea Simonassi Lyon, que ya hemos citado, propone considerar a las inscripciones del mosaico de la sinagoga de Apamea, no solo como soporte de un mensaje sino, también, como un objeto destinado a ser mostrado. Estas inscripciones, en tanto documentos escritos, deben ser consideradas, dice la autora, siguiendo el planteo de Morsel (2006), como un objeto gráfico que instituye sentido. Un sentido que construye identidad y vínculos entre las distintas comunidades judías.

En la misma línea, Paola Miceli, en su artículo “Las cartas de toma de posesión en Castilla y León: materialidad instituida e instituyente”, plantea la importancia de analizar estas cartas como objetos gráficos, cuya producción e intercambio tenían como finalidad visualizar y establecer una nueva relación tanto entre las personas como entre las personas y las cosas. En este sentido, señala Miceli, la escritura de la carta, su presentación y su intercambio tenían un carácter instituido e instituyente. Instituido, en la medida en que se trataba de un documento elaborado bajo las condiciones institucionales establecidas en la legislación y en los textos formularios que circulaban en la época: era escrita por unos oficiales investidos por el rey para dar fe y hacer visible, a través de la escritura formular y de todos los signos de validación necesarios, la alienación de un bien. Por otro lado, la carta notarial tenía un carácter instituyente o mejor dicho, performativo. A través de la repetición de una fórmula ritual en un pergamino con sello y firma del oficial investido con *auctoritas* para dar fe, este documento diplomático tenía la capacidad de instituir la posesión de un bien y de visualizar el intercambio.

Si en estos trabajos se ha recalcado el carácter de objeto gráfico de los distintos soportes textuales, confeccionados más para ser “mostrados” que para ser “leídos”, una pregunta pertinente a formular es aquella que interroga sobre la identidad del sujeto que da a ver estos objetos. Así podemos identificar, en un caso, a las comunidades judías de Siria, y en el otro, al notario público instituido por el rey para escribir, mostrar y dar la carta de posesión. En esta línea, María Paula Rey plantea otro escenario, el de los libros históricos y jurídicos de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León entre 1252 y 1284. En su artículo “Metonimia, materialidad y agencia. Reflexiones sobre la centralidad del libro en el proyecto político de Alfonso X (1252-1284)”, sostiene que el rey impuso una nueva concepción del libro, transformándolo en un instrumento de gobierno por excelencia y un vehículo

privilegiado del ideario político y de los fundamentos del poder real. Propone la autora que el libro funcionó para Alfonso X como un medio a través del cual la voluntad del rey se ponía de manifiesto, se hacía tangible, y se distribuía socialmente: un medio a través del cual el rey *se hacía presente* (Gell, 1998). El recurso alfonsí al libro fue instrumento fundamental de gobierno en tanto se produjo una articulación metonímica entre este, el rey y su voluntad de creación de un orden. Esta asociación permitió al libro-objeto convertirse en una expresión material de la agencia del rey. En esa asociación mostrar el libro era también mostrar al rey. ¿Quién da a ver en este caso? El rey-libro.

Materialidad, instituciones, agencias, identidad, lazo social, naturaleza, escritura, artificio y tantas otras dimensiones de la vida cultural en la Edad Media son cubiertas por una luz distinta cuando la atención académica se despega del imperio del sujeto cartesiano, amo y señor de los objetos a su efectiva o virtual disposición. El reacondicionamiento de la mirada permite entonces captar cómo la producción, presencia, consumo y circulación de objetos asume en determinados contextos un poder instituyente de las relaciones sociales.

Referencias

- » Appadurai, A. (Ed.). (1991). Introducción: Las mercancías y la política del valor. En *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Grijalbo.
- » Bedos-Rezak, B. (2013). Mutually Contextual: Materials, Bodies, and Objects. En P. Miller (Ed.), *Cultural Histories of the Material World*. University of Michigan Press.
- » Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado: Cursos en el Collège de France*. Anagrama.
- » Brown, B. (2001). Thing Theory. *Critical Inquiry* 28(1), 1-22.
- » Bynum, C. (2009). Perspectives, connections & objects: what's happening in history now? *Daedalus*, 71-86.
- » Descola, P. (2005). *Par-delà nature et culture*. Gallimard.
- » Descola, P. (2017). Introduction. En P. Descola (Ed.), *Les Natures en question* (pp. 7-18). Odile Jacob.
- » Fleming, R. y French, K. (2021). Objecthood. En J. Lund y S. Semple (Ed.), *A Cultural History of Objects in the Medieval Age*. Bloomsbury.
- » Fontijn, D. (2013). Epilogue. Cultural biographies and itineraries of things: Second thoughts. En H. P. Hahn y H. Weis (Eds.), *Mobility, Meaning and the Transformations of Things* (pp.183-195). Oxbow.
- » Fox, N. y Alldred, P. (2015). New materialist social inquiry: designs, methods and the research-assemblage. *International Journal of Social Research Methodology* 18(4), 399-414.
- » Gell, A. (1998). *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford University Press.
- » Goffman, E. (1975). *Frame Analysis*. Penguin.
- » Gombrich, E. (1979). *The Sense of Order*. Phaidon Press.
- » Gosden, C. y Marshall, Y. (1999). The Cultural Biography of Objects. *World Archaeology* 31(2), 169-178.
- » Ireland, T. y Lydon, J. (2016). Rethinking Materiality, Memory and Identity. *Public History Review* 23, 1-8.
- » Joy, J. (2009). Reinvigorating object biography: reproducing the drama of object lives. *World Archaeology* 41(4), 540-556.
- » Joyce, R. y Gillespie, S. (2015). Making Things out of Objects That Move. En R. Joyce (Ed.), *Things in Motion: Object Itineraries in Anthropological Practice*. SAR Press.
- » Kopytoff, I. (1991). The cultural biography of things: commoditization as process. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Grijalbo.
- » Latour, B. (1993). *We Have Never Been Modern*. Harvester Wheatsheaf.
- » Miller, D. (2005) Materiality: An Introduction. En D. Miller (Ed.), *Materiality* (pp. 1-50). Duke University Press.
- » Morsel, J. (2006). Ce qu'écrire veut dire au Moyen Âge. Observations préliminaires à une étude de la *scripturalité* médiévale. En N. Coquery, F. Menant y F. Weber (Eds.), *Écrire, compter, mesurer. Vers une histoire des rationalités pratiques* (pp. 4-32). Éditions Rue d'Ulm y Presses de l'École normale supérieure.

- » Pottage, A. (2004). Introduction. En A. Pottage y M. Mundy (Ed.), *Law, Anthropology, and the Constitution of the Social: Making Persons and Things*. Cambridge University Press.
- » Smith, R. y Watson, G. (Ed.). (2016). *Writing the Lives of People and Things, AD 500-1700*. Ashgate.
- » Thomas, Y. (1999). *Los artificios de las instituciones*. EUDEBA.